

**El cielo, posesión beatífica de la realidad distinta de Dios.**

1. A la plenitud esencial descrita hasta ahora y a la bienaventuranza del cielo, que consiste en la visión inmediata de Dios y en la co-realización de la vida divina, se añade, según la doctrina co-

mún de los teólogos, una nueva perfección que no transforma la esencia del cielo ni la perfecciona, pero que la complementa. Es como una razón "secundaria" de la bienaventuranza; la razón primaria sería la visión beatífica. Nace de la comprensión del mundo y del amor al mundo fundado y conservado por la luz de Dios y por su amor (*Lc.* 15, 10; *Eph.* 3, 10). Según la mayoría de los teólogos, el bienaventurado contempla la realidad extramundana por medio de imágenes cognoscitivas infusas. En este conocimiento no importan, por tanto, las distancias temporales o espaciales. Se puede también suponer que el bienaventurado contempla la realidad extradivina inmediatamente en Dios; en El ve claro el sentido y valor de lo creado; se revelan las relaciones ocultas; al contemplar a Dios, el bienaventurado logra el verdadero conocimiento de la creación, de los hombres y de las cosas.

Se discute la *amplitud* de ese conocimiento del mundo. Santo Tomás cree que alcanza al menos todo lo que importa al bienaventurado. Es de suponer que verá, sobre todo, en qué medida y cómo su existencia y actividad han co-determinado la configuración de la creación.

2. En el conocimiento y amor de lo creado es posible el *progreso*. El bienaventurado irá descubriendo en Dios ininterrumpidamente nuevas maravillas de la creación. Puede barruntarse la felicidad de ese progreso del conocimiento, partiendo de la alegría que en esta vida nos proporciona el adelanto en la ciencia y la profundización en la amistad o en el amor. Los bienaventurados tienen más saber de lo creado que cualquier hombre de esta vida, incluso el más genial.

3. No hay que temer que la cantidad de cosas conocidas sea tan grande que el bienaventurado no sea capaz de dominarlas y se intranquilece, ni que el conocimiento o amor, dada su limitación, no pueden dedicarse a cada cosa. En el cielo desaparecen todas esas limitaciones, porque nos son infundidas fuerzas y capacidades insospechadas en el *lumen gloriae*. Si el bienaventurado estuviera entregado a sus propias fuerzas, perecería ante la luz de Dios y en su misma dicha. Pero Dios le infunde fuerzas para soportar y gozar esa luz y dicha.

A la vista de muchas alegrías terrenas que tienen que faltar en el cielo por su misma naturaleza, no hay que temer tampoco que no se satisfagan todas las exigencias de conocimiento, amor y felici-

## *TEOLOGIA DOGMATICA*

dad; no todo ha de ocurrir y cumplirse a la manera terrena; la bienaventuranza del cielo no es un paraíso terreno y sensible. Pero todo lo que condiciona la vivencia, de forma que no quede insatisfecho ningún anhelo de dicha, no pueda haber anhelos de felicidad al modo terreno.

El señorío prometido por Cristo a los bienaventurados—y que es participación de su propio señorío—abarca la creación entera; el señorío de unos no impedirá el de los demás, porque cada cual lo ejercerá a su modo.